

(Nuevo Mundo, Madrid, 8 octubre 1920)

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

6-318

GLOSAS



La justicia inexorable de Alfonso VI

«¡Dios, qué buen vasallo si oviesse buen señor!»

De este verso, que es el vigésimo del viejo *Cantar de mio Cid*, gustaba recordar Joaquín Costa. Y aunque para el gran ciudadano y repúblico español, aragonés neto, no hubiese habido otro señor que el pueblo. O más bien una señora: la madre España.

El buen vasallo, si hubiese tenido buen señor, fué el Cid Rodrigo Díaz de Vivar, el Castellano, el Campeador, y el señor de este buen vasallo fué el Rey D. Alfonso VI de León y de Castilla, el hermano de D. Sancho, que murió á manos de Bellido Dolfos en las afueras de Zamora, ocupada por Doña Urraca. Y el Rey D. Alfonso, el señor, desterró al cabo de su tierra, le echó de ella, le hizo salir — y de aquí *el salido*, como el *Cantar* le llama — á su mejor vasallo. ¿Por qué?

Hay que leerlo en la «*Estoria de España* que hizo el muy noble rey Don Alfonso, hijo del rey Don Fernando et de la Reyna donna Beatriz», es decir, en la primera Crónica general que mandó componer Alfonso X, *el Sabio*, sucesor del VI, que fué *el Bravo*.

Cuando los castellanos y navarros llegaron á Zamora á rendir homenaje al *Bravo* y recibirle por señor, hicieronlo con tal que jurase no haber tenido arte ni parte en la muerte de su hermano, ni haber consentido á ella. «Pero al cabo non lo quiso ninguno tomar la yura, maguer que la el rey quisiesse dar, sinon Rey Díaz el Cid sólo, quel non quiso recibir por sennor sin besarle la mano fasta quel yurasse que non avie él ninguna culpa en la muerte del rey don Sancho; et él yurógelo assi como agora aquí diremos.» Disimuló el Rey; hizo que le placía la franqueza de D. Rodrigo, y prometió jurar en la iglesia de Santa Gadea, de Burgos; y cuenta la *Estoria* que hizo componer *el Sabio* cómo pidió el Cid al Rey por dos veces el juramento, y cómo, al decir las dos veces «¡amen!», se le mudó toda la color al Soberano. «Después que la yura fué tomada dice la Crónica — et acabada, quiso Rey Díaz el Cid besar la mano al rey don Alfonso; mas non gela quiso él dar, segund cuenta la estoria; ante diz quel desamó dallí adelante, maguer que era muy atrevudo et muy hardit cavallero.»

El P. Juan de Mariana, S. J., al narrar este juramento en el cap. X del Libro Nono de su *Historia General de España*, dice: «Disimuló el rey por entonces el desacato; mostróse alegre y cortés con todos como el tiempo lo pedía; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron; además, que algunos cortesanos, que suelen con su mal término atizar los disgustos de los príncipes y mirar con malos ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignación del rey.»

En el *Romancero* hay un romance en que se narra otro disgusto entre el vasallo y su señor, cuando éste se enamoró, sin conocerla, de su hermana doña Elvira, la de Toro.

«—Los de mis tiendas, Cid, — no quiero que estéis en ellas.
—¡Pláceme, respondió el Cid, — que son viejas y no nuevas;
irme he yo para las mías, — que son de brocado y seda,
que no las gané holgando — ni bebiendo en la taberna;
ganélas en las batallas — con mi lanza y mi bandera.»

Volviendo á la vieja *Estoria*, la del siglo XIII, nos cuenta cómo Ruy Díaz el Cid fué mezclado con el Rey D. Alfonso y echado de su tierra; cómo los «ricos omnes» que estaban con el Rey,

«aviendo muy grand envidia del Cid, trabajaron de mezclarle otra vez con el rey don Alfonso», y cómo éste se avisó y les creyó cuanto decían, «ca non le querie bien el rey por la yura quel tomara en Burgos sobre razón de la muerte del rey don Sancho».

Estos mezcladores — que así se les llamaba —, encismadores ó delatores, son aquellos mismos *mestureros* de que hablaba al Cid su mujer cumplida, doña Ximena, cuando, hincando ante él ambas rodillas, y llorando de los ojos y queriéndole besar las manos, le decía, según el *Cantar* (versos 266 y 267):

«¡Merced, Campeador, en ora buena fostes nado!
Por malos mestureros de tierra sodes echado.»

Y el señor, D. Alfonso, creía á los *mestureros* ó mezcladores, porque se trataba de quien le pidiera juramento tratándole como á hombre falible y sin dar á su palabra más valor que el humano, que necesita ser corroborado con el divino. Mal toleraba el señor que en nada quisiese corregirle un vasallo.

Los tales mezcladores ó *mestureros*, según el P. Mariana, «decían no convenía disimular ni dar rienda á un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos; que era bien castigarle y hacer que no se tuviese en más que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase.»

¿De dónde sacó el buen jesuita de Talavera de la Reina, el hijo de padre oculto, que los mezcladores del Rey D. Alfonso trataran al Cid de loco y sandio, como de tal le trató á Don Quijote el grave eclesiástico que solemnizaba la mesa de los Duques? ¿Lo leyó en alguna crónica, ó fué más bien un atisbo de su malicioso ingenio y de su suspicaz agudeza? Sólo le faltó añadir cómo el Rey, tratado por el Cid á lo humano, estuvo pronto á creer en la sandez y locura de su vasallo.

La camarilla de mezcladores era toda una institución regia. Por ellos, Fernando II de León se vió en 1158 envuelto en una insurrección, y es que doblaba con fácil credulidad sus oídos á las lenguas de los chismosos. *susurronum linguís*, según nos dice Rodrigo Toledano (*De Rebus Hisp.* VII^o 13^o). Y cuando su hijo, otro Alfonso, el IX, subió al trono en 1188, lo primero que juró en León, ante la corte, fué no airarse contra nadie por «mezcla» ó delación, sin antes oír al mezclado. Y D. Ramón Menéndez Pidal, tratando de esto, escribe: «La injusticia de los reyes solía ser inexorable: Alfonso VI, la segunda vez que el Cid fué mesturado, no quiso aceptar ninguna de las cuatro fórmulas de excusación que le proponía el acusado.» ¡Pues claro! ¿O es que iba el Rey á declarar y confesar que se había equivocado?

Los *mestureros* encismaban é intrigaban, sabedores de que el señor, una vez llevado á error, no lo reconocería más tarde; que nada hay más seguro que engañar á aquel á quien se le ha hecho entender que es infalible é incapaz de engaño.

Hoy es el Cid, el buen vasallo, quien alza el nombre del señor, de Alfonso VI, y los *mestureros* no murieron porque no vivían. Que no son hombres, sino fuerzas elementales de la Naturaleza, especie de duendes que retoñan y que Dios puso para abatir á las naciones.

